

protección consistente y segura. Las excepciones aparecen y desaparecen del panorama del cine español, según el ánimo suicida de los productores y directores, inquietos, a pesar de todo, y que sueñan con expresar en cine algo de la dignidad y naturaleza del hombre español y su entorno. Es un cine desorientado que se traduce, sin embargo, en títulos tan importantes como «La casa sin fronteras», de Pedro Olea, o tan interesantes como «Tirarse al monte», de Alfonso Ungría; «Morbo», de Gonzalo Suárez; «La semana del asesino», de Eloy de la Iglesia, y «La casa de las palomas», de Claudio

Guerrín. Al margen de la insólita historia —la de Adela Castro, que, a sus cuarenta y tres años, descubre que no es mujer—, el tratamiento dado por Armiñán y Borau quiere destacar, principalmente, la tragedia íntima del personaje, su choque violento con su nuevo mundo, su dificultad de adaptación. Lo que en otras manos de profesionales del cine podía haber sido una fuente inagotable de vulgaridades, utilizado por Borau y Armiñán es una de las historias más tristes, divertidas, poéticas y tiernas de las conocidas en nuestra cinematografía. Porque, por encima del exitazo premeditado, los autores de «Mi querida señora»

poco lo es demasiado la película en cuestión. Porque es una historia de amor narrada con todas sus lógicas complicaciones, porque inventa tipos que no responden a esquemas previos y porque carece de toda concesión a la mentalidad «oficial» creada por el cine nuestro de todos los días, que parecían, en el terreno de la comedia, el único viable. ■ DIEGO GALAN.

En la anterior crítica, dedicada a «La mansión bajo los árboles», de René Clément, se introdujo una errata que cambiaba el sentido de uno de sus párrafos. Así, cuando se decía que estábamos ante «una película sin excesiva importancia, pero prueba de que lo que importa todavía es saber contar una historia», lo que realmente debería haber salido publicado es que se trata de «una película sin excesiva importancia pero prueba de que, todavía, importa saber contar una historia». Diferencia que, como puede apreciarse, no es sólo de matiz, sino que implica todo un entendimiento del cine.



Guerrín. Un cine sin continuidad que lucha, caseramente, por sobrevivir. Dentro de esa brevísima lista de títulos destacables, se estrena ahora en Madrid «Mi querida señorita», una película bastante sorprendente que ha dirigido Jaime de Armiñán sobre guión suyo y de José Luis Borau, y que va a constituir, seguramente, uno de los éxitos de taquilla más comentados de los próximos tiempos. Y, sin embargo, aunque pueda parecer imposible, el éxito que «Mi querida señorita» vaya a tener no viene motivado por la estupidez, el chiste fácil como en «Los días de Cabirio», «No desearás la mujer del vecino» y tantos y tantos títulos. «Mi querida señorita» se apunta en una dirección absolutamente contra-

rita —a los que hay que añadir los nombres de Luis Cuadrado (operador), José Luis López Vázquez, una doña Adela absolutamente genial, y Julieta Serrano, por fin utilizada en todo su valor interpretativo— se propusieron plantearse a fondo una especie de investigación sobre lo que realmente le hubiera ocurrido a su Adela Castro, y las circunstancias por las que su vida se vio tan tajantemente marcada.

En lugar de escribir ahora un montón de comentarios sobre la película, me atrevo sólo a aconsejar su visión, que en otros números de TRIUNFO tendremos oportunidad de volver sobre ella. Quizá no resulte por ello muy ortodoxa esta «crítica». Pero, en honor a la verdad, tam-

TEATRO

Noticia de Martín Recuerda

Tras varios años de profesor en diversas Universidades norteamericanas, José Martín Recuerda, el autor de «El teatrillo de don Ramón», «Las salvajes en Puente San Gil», entre otras, ha vuelto a España. Dirige desde hace algunos meses la cátedra Juan del Encina, adscrita a la Universidad de Salamanca, y verdadero ejemplo y excepción de dedicación teatral por parte de la Universidad española. Porque, si el intento existe en otras facultades, en ningún lado alcanza la regularidad, la consolidación y la existencia de medios que se dan en

la Universidad de Salamanca. Una serie de conferencias y de representaciones a cargo de los distintos grupos independientes vienen dando testimonio tanto de las exigencias del teatro español de nuestros días como de la menesterosidad real que le imponen sus actuales limitaciones. Martín Recuerda, que es él mismo una víctima del presente teatral español, ha hecho de la cátedra el lugar adecuado para debatir el complejo e irrenunciable temario. Incluso prepara una especie de festival nacional, a cargo de grupos independientes, con asistencia de críticos españoles y extranjeros, a fin de que el análisis sea lo más real posible y alcance un nivel de madurez.

En cuanto al trabajo de Martín Recuerda como autor, es forzoso señalar su «Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipcíaca», que subtítulo «Fiesta española en dos partes», y que es, en realidad, una nueva versión de la muerte de Mariana Pineda. Inútil decir que la lectura de «Las arrecogías...» sugiere de inmediato una serie de comparaciones con el drama que al mismo tema dedicó García Lorca, granadino como Martín Recuerda y como Mariana Pineda. No es momento de hacer crítica de la obra, desmelenada, caliente, en la línea, aunque mucho más ambiciosa, de «Las salvajes en Puente San Gil». Contempla la lucha entre absolutistas y liberales en tiempos de Fernando VII, y no parece que su estreno sea cosa fácil. Su publicación en Nueva York es inminente, en una edición prologada por Francisco Ruiz Ramón, el afortunado autor de la «Historia del teatro español», de Alianza. Iría junto a otro texto, para mi gusto excelente, y no publicado en España por causas de fuerza mayor: «Las bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de José María Rodríguez Méndez. También habría que decir de «Las arrecogías...» que es muy probable su presentación en

San Miniato, la misma manifestación que eligió «El sueño de la razón», de Buero, para una de sus ediciones anteriores, y dedicada, como es sabido, a las obras que ofrecen un tipo de problemática político-religiosa. Desde París le han invitado para intervenir en una mesa redonda de la Sorbona, con asistencia de Buero, Sastre, Arrabal, Lauro Olmo y Recuerda. El profesor Angel Berenguer prepara en la capital francesa una edición de «Las arrecogías...». Añadamos aún que «El Cristo» va a ser ofrecido por la RAI y que «El Caraqueño», en versión inglesa, se presenta regularmente en el teatro Arena, de California, en sistema de repertorio. Sus ensayos diarios de «Los persas», que dirige para la cátedra de teatro Juan del Encina, podrían completar este apretado resumen sobre la situación de Martín Recuerda, otro de los autores españoles «marginados» del teatro de nuestros días. ■ JOSE MONLEON.

ARTE

«Las exposiciones del Museo de Arte Contemporáneo...! Son tantas que difícilmente puede uno cubrir las con el comentario. Se me pasó el comentario de la de Gargallo, porque en aquel tiempo yo no estaba disponible. Y la de Elena Colmeiro, que alcancé a verla en su último día, pero de la que ahora sería muy tardío un comentario. Quiero escribir hoy de la de Echauz y de la de Suárez, que me figuro que estarán a punto de cerrar.

Francisco Echauz, en el Museo de Arte Contemporáneo, Madrid.

Echauz se pasó unos años pintando en Italia y cuando regresó se trajo con él dos